

Madrid 24 de julio de 1926

Directora-fundadora: *Celsia Regis*

Número suelto 20 céntimos.

EL CONGRESO FEMINISTA DE PARIS

CRONICAS DE NUESTRA CORRESPONSAL

III

La salud pública.— La protección a la madre.— La mujer en la policía de las costumbres.— Los partidos políticos y el feminismo.

En lo referente a la salud pública, el Congreso de París discutió una interesante ponencia, en la que se pide, sobre la unidad moral y la trata de blancas, la protección a la salud pública y el respeto a la dignidad humana.

Respecto a la protección de la madre soltera y de sus hijos han planteado este delicadísimo problema a gran altura, haciendo sobre él un llamamiento a la conciencia universal.

Dice la ponencia que «las Sociedades afiliadas a la Alianza Internacional deben ocuparse en todos los países del problema de la madre soltera y de su hijo, con el fin de hacer conocer el asunto y despertar en las mujeres del mundo entero y particularmente de las que son madres dichosas y protegidas, un movimiento de solidaridad simpático hacia las madres abandonadas. Todas las madres deben sentirse igualmente obligadas hacia los niños.»

Con relación al ingreso de la mujer en la Policía, se trató este punto por el Congreso con interés y extensión conviniendo en que es preciso que la mujer desempeñe en la Policía los empleos que estén relacionados con todo lo que concierna a las mujeres, a las jóvenes y a los niños, a semejanza de como desempeñó estos servicios en Inglaterra, colaborando eficazmente a la obra social de la nación.

El servicio policiaco femenino se estableció en Inglaterra durante la guerra, y lejos de haberse suprimido, como otros servicios que se crearon entonces para la mujer, se ha robustecido aumentando después las plazas de las mujeres policías.

Se examinó, también, si convendría o no que las Agrupaciones feministas se adhieren a los partidos políticos de los hombres, y sobre esta cuestión se dejó en libertad de que cada cual pudiera o no aprovechar las ventajas tácticas circunstanciales, que esos partidos ofrezcan al feminismo.

En resumen, las manifestaciones de las feministas más significadas se condensan en lo siguiente:

Que el programa feminista que defiende la Alianza Internacional es el de mejorar la suerte de todas las mujeres sin distinción de raza ni color.

Que su divisa es: *Igualdad, Armonía Internacional y Paz.*

«Somos feministas—dice la presiden-

ta Mrs. Corbett-Ashby—porque estimamos que la raza humana es capaz de progresar, y porque la libertad, la instrucción y la responsabilidad evoca todo lo que hay de noble en el individuo, fuera de toda cuestión de sexo.

«Hemos aprendido a limitar nuestra libertad individual para el bien superior de la comunidad y debemos aprender ahora la dura labor de armonizar la actividad nacional con la paz y las necesidades del mundo.»

Interesante es, por cierto, consignar la opinión de algunos hombres ilustres sobre la importancia de este Congreso y de las ideas feministas que persigue.

M. Marchant, antiguo presidente del Congreso de Holanda ha dicho que «las reivindicaciones feministas son las reivindicaciones de la democracia y del derecho.»

M. Luchaire, director del Instituto de cooperación intelectual dice que «las mujeres tienen espíritu de disciplina, amor al trabajo, espíritu sencillo y espontáneo, ampliamente internacional, por lo que son las mejores colaboradoras. La Sociedad de las Naciones—añade—, proclamando la igualdad de los derechos de los hombres y de las mujeres, ha hecho un acto de alta política. Ella tiene necesidad de alientos y entusiasmos femeninos.»

El diputado por Dinamarca, M. Petersen, dijo que «el sufragio político no es, propiamente hablando, una cuestión feminista, sino una cuestión de humanidad: se trata de saber si las mujeres son o no ciudadanas. Así, en Dinamarca, el primer país que ha tenido una mujer ministro, el sufragio de las mujeres fué el fruto de una evolución natural.»

M. Freisherr von Richtofen, miembro del Reichstag alemán dice que «el sufragio en Alemania ha sido el resultado de la revolución, que a causa del escaso número de mujeres diputadas en el Parlamento la influencia femenina no ha sido decisiva, sin embargo, en lo sucesivo no podría pasarse el hombre sin su colaboración en lo que concierne a la educación del pueblo, a la higiene pública y al derecho criminal.»

M. Joseph Chamberlain, de los Estados Unidos, dice que «las leyes votadas desde que en su país existe la igualdad política, marcan un progreso asombroso hacia la igualdad social y económica. Si se juzga por sus frutos legislativos, el derecho del voto de las mujeres ha sido un beneficio para nuestro país y para ellas mismas.»

M. Pethick Lawrence, de Inglaterra declara que «si los ingleses concedieron el derecho del voto a las mujeres fué por la lucha inolvidable que tuvieron para obtenerlo, y que el resultado se refleja en los semblantes de las inglesas, que se han hecho más activas y

más inteligentes, porque están ahora más al corriente de la vida, sin que por ello hayan perdido nada de su encanto»

Margarita del Prado

(París, junio de 1926)

El Derecho Positivo de la Mujer

DE LA MUJER SOLTERA

DE LOS HIJOS LEGITIMADOS

VII

La legitimación es un acto que tiene por objeto elevar los hijos naturales a la categoría de legítimos.

Sin embargo, no todos los legitimados llegan a identificarse en derechos, pues como veremos ahora, existen dos formas de legitimación que producen diferentes efectos jurídicos.

El matrimonio subsiguiente de los padres constituye la forma principal y única de legitimación perfecta (1). La hecha por concesión Real, es *subsidiaria e imperfecta*, es decir, que solo se concede cuando es imposible la otra, y una vez otorgada apenas reporta hoy, a los hijos, más beneficios que los meramente honoríficos, pudiendo reducirse a uno solo los efectos civiles que causa, a saber, que impide a los padres adoptar como hijos a otras personas que no lo son, impedimento que no tienen aquéllos, cuando los hijos naturales reconocidos no han sido legitimados, según se desprende del número 2.º artículo 174 del Código civil.

En este lugar trataremos solamente de la legitimación *menos plena*, porquiendo la plena uno de los efectos del estado matrimonial, corresponde estudiarla en la parte que dedicamos a la mujer casada.

Aunque según el artículo 119, «solo podrán ser legitimados los hijos naturales», como quiera que pueden figurar como tales los demás ilegítimos reconocidos por uno de los padres que tenga capacidad legal para contraer matrimonio al tiempo de la concepción de aquéllos, es evidente que la legitima-

(1) Los artículos 122 y 123 del Código civil disponen expresamente que la legitimación por subsiguiente matrimonio produce sus efectos en todo caso desde la fecha del matrimonio mismo, y no desde la en que los Tribunales hacen tal declaración. (Sent. del Tribunal Supremo, 4 de marzo 1901.)

—Los hijos legitimados por rescripto Real, con anterioridad a la promulgación del Código civil conservan su derecho de gozar en la sucesión de la madre cuando no concurren con otros descendientes legítimos, de los mismos derechos que éstos, aunque la muerte de la madre tenga lugar estando ya vigente el citado Código, no pudiendo tener las disposiciones de éste, efecto retroactivo en el caso presente.— (Sentencia del Tribunal Supremo, 8 de noviembre de 1893.)

ción puede hacerse lo mismo de los naturales *presuntos* que de los *verdaderos*. Es verdad que «la legitimación que se otorga a favor de los que no tengan la condición legal de hijos naturales puede ser impugnada por los que se crean perjudicados en sus derechos» (artículo 118 Código civil), más solo serán éstos los ascendientes y descendientes legítimos y los verdaderamente naturales del legitimado, o sea sus herederos forzosos.

Modo de hacer la legitimación

Como hemos dicho, puede hacerse ésta por subsiguiente matrimonio de los padres o, en su defecto, por concesión real. Si se verifica del primer modo, bastará presentar el certificado del matrimonio al encargado del Registro civil donde se halle inscrito el nacimiento del hijo natural, para que ponga nota de su legitimación (2). Para obtenerla por concesión del Rey, será preciso solicitar de éste una real orden, haciendo constar en la exposición, que es imposible al exponente celebrar matrimonio con la persona de quien hubo el hijo, v. g., por haber muerto; y que no tiene ni ha tenido hijos legítimos ni legitimados (3).

A fin de adelantar la prueba de estos hechos, presentará, con la instancia, las actas del nacimiento del hijo y de la defunción de su madre, si fuere conocida, y ofrecerá, por último, información testifical para completar aquélla. Obtenida la real orden, lo participará, por medio de un escrito, al presidente de la Audiencia al que pertenezca su dominio. El presidente dará comisión al Juzgado para que ante éste y el escribano se practique la diligencia cotejo de los documentos presentados y la prueba testifical ofrecida con citación del Ministerio fiscal.

Los testigos que se presenten deberán ser reconocidos del escribano, y si esto no fuera posible, se podrá acreditar su conocimiento por otros testigos que aquel también conozca, debiendo presentarse dos de éstos por cada uno de aquéllos.

Practicadas las pruebas, emitirán informe, primero el Ministerio fiscal, después el juez, y por último la Sala de gobierno de la Audiencia, oyendo antes al fiscal de la misma. El informe de la Sala será remitido con expediente al Ministro de Gracia y Justicia para la resolución definitiva del Rey.

Si la legitimación se concede se expedirá la real cédula correspondiente, previo pago de la cantidad que señala la tarifa. Esta tarifa es la establecida en el real decreto del 5 de agosto de 1818, que es como sigue:

(2) Art. 6 y 61, ley del Registro civil.

(3) También podrá pedir la legitimación el hijo cuyo padre o madre hubieren muerto, si manifestaron en testamento deseo de hacerlo.— (Art. 126 Código civil.)

La Voz de la Mujer

SEMANARIO FEMINISTA

Redacción y Administración: Plaza de Oriente núm. 2.

APARTADO 613, donde se dirige toda la correspondencia

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	Trimestre... 2'75 ptas.	PROVINCIAS	Trimestre... 3'25 ptas.
	Semestre... 5'50 ptas.		Semestre... 6'00
	Un año... 10'00		Un año... 10'50
EXTRANJERO		Semestre... 10 pesetas	
		Un año... 18	

TARIFA DE PRECIOS DE ANUNCIOS

Página entera, por inserción	100 pesetas
Media id.	60
Cuarto id.	35
Ochoavo id.	20

Anuncios económicos intercalados en el texto: Espacio de 10 líneas, del cuerpo 10, sin sitio determinado, tres anuncios 10 pesetas

De una a diez palabras	0'75 centimos
Cada palabra más	0'05

Comunicados, artículos de información industrial, con grabados intercalados en el texto, etc, etc, a precios convencionales.—Los contratos por más de tres anuncios tienen descuento.

Este periódico no tiene agentes exclusivos de publicidad; las ofertas y demandas son directas a nuestra Administración, única encargada de contratar y cobrar. Avisamos a los comerciantes para que no se dejen sorprender por los que se presenten en nuestro nombre sin estar personalmente autorizados por la firma de la Dirección y sello de la Administración.

1.º 200 ducados si la legitimación fuere para heredar. 2.º 150 si para oficios públicos, que exijan este requisito. 3.º 100 si fuere sólo para un oficio determinado.



La Condesa de Pardo Bazán

A raíz de la muerte de la eximia escritora, Condesa de Pardo Bazán, innumerables fueron los elogios que se le dedicaron. Entre los que nosotras guardamos en nuestro archivo, reproduciremos dos: uno firmado por Blanca de los Ríos y otro por Andrés González-Blanco, malogrado escritor desaparecido en plena juventud y gloria literaria. En el número anterior reproducimos la semblanza que de doña Emilia escribió González-Blanco, en este consignamos la que hizo Blanca de los Ríos.

No pretendo declarar perfecta ni infalible a la eximia escritora; perfecto e infalible sólo es Dios; lo que afirmo sin miedo a error, ni a rectificación fundada, es su grandeza; y esto no por comparación respecto a las mujeres ni respecto a los hombres, sino por ella misma, por sus propias cualidades y altas virtudes de pen-

sadora, de sabia, de polígrafa, de crítica, de noveladora, de cuentista, de insigne creadora de arte.

Grande, generosamente grande y fuerte de voluntad, de energía, de perseverancia y de inteligencia lo fué en todo; en las épicas luchas y polémicas que sostuvo sola y firme contra tantos y tan poderosos adversarios; en los aciertos, y, si no en los errores, en los nobles modos de equivocarse en los impetuosos vuelos hacia el ideal y la belleza y la gloria; porque lo que en ella no cupo, lo que era contrario al sano vigor de su naturaleza y de su espíritu, era la mezquindad, la hipocresía, la insidia, todas las ruines fuerzas de la pequeñez. Grande en sus levantadas ambiciones, como en su bien fundado orgullo de ganar, a la cabeza del sexo, batallas cuyo riesgo arrojaba sola, segura de que el fruto de la victoria sería para las que le sucedieran; grande en la energía, en el alcance, en la resistencia, en la potencialidad pasmosa de aquella su mentalidad magnífica, que durante casi medio siglo ardió como un sol del espíritu en incesante actividad creadora. Grande, sobre todo, porque de ella, como de los Proteos del Renacimiento, puede afirmarse que tenía «muchas almas», porque con ser tan poderosa y alta su inteligencia, lo que constituía aquella su personalidad extraordinaria que por derecho propio se ha impuesto a la admiración del mundo, era la pluralidad de dotes excepcionales que tan armoniosamente la integraban. Era la buena salud física dando pábulo a la llama siempre ascendente y creadora de un superior espíritu; era la alada fantasía unida al carro de oro de la más serena inteligencia; era el relámpago de la intuición estética al servicio de la más varia sabiduría; era el bravo impetu inicial del artista con el reposado equilibrio del pensador, y el ner-

vio férreo de una voluntad impulsada por la fuerza insuperable de una pasión; la pasión del ideal y de la gloria; la Quimera, que ella tan bien supo sentir y expresar.

Y bajo aquella su opulenta salud y alegría de vivir que le daba el aspecto de una diosa antigua, en cuyo radioso mármol parecía imposible que mordieran la vejez y la muerte, ardía la llama de un espíritu romántico crecido en brazos de la Tradición, arrullado en la cuna por el eco de las endechas de Espronceda y de los cantos trovadorescos de Zorrilla, nutrido de ensueño, sediento de ideal, enamorado de la Edad Media, atento siempre al prestigioso crujir de las alas teológicas de la inspiración dantesca, anegado en la mística infusión de amor de San Francisco, extático ante la unión beata de los primitivos, arrobado en las músicas de los violines y tiorbas de los ángeles incorpóreos del de Fiésole, absorto de continuo ante el más allá eterno. Espíritu cristiano y romántico siempre, como todo artista y toda belleza de aquende el Calvario, que excursionó a todos los campos y quiso nutrirse y empaparse en realidades, y aun en naturalismo; pero que formado bajo las alas de la fe y del romanticismo, a la fe, romanticismo y al ensueño tornó, y se asió y se fundió cada vez más.

Su obra tan varia, tan múltiple, tan poliforme, es la mejor prueba de su cultura poligráfica, de su generoso panfilismo, de su eclecticismo estético y de su proteísmo intelectual. Y esa multiplicidad de facultades y esa rica variedad de cultura es lo que mejor explica y define a la obra y a su autora. Autodidacta insaciable, se formó en el solitario estudio, se agilizó en la lucha, se creció en la polémica, se doctoró en vida humana en sus viajes y en su trato con gentes de la más varia especie y condición, y se completó por la censura, que con las ávidas percepciones de la emulación y aun de la envidia fuéle dictando cuanto podía perfeccionar o completar su personalidad, que se anunciaba tan grande y vigorosa.

De las dos tendencias y formas capitales que tomó la novela de Emilia Pardo Bazán, la regional y la de vida moderna, ya de tesis y problemas psicológicos, ya de ambiente provinciano o de alta sociedad madrileña, algunos prefieren la primera; otros, la segunda; yo, sin juzgar ni comparar, afirmo que en ambas rayó muy alto y abrió surco la gloriosa autora; una sola de sus novelas regionales, *Los Pazos de Ulloa*, hubiese bastado a la reputación de una novelista, y ella produjo además *La Madre Naturaleza*, *Pascual López*, *La tribuna*, *Bucólica*, *Historias y cuentos regionales* y otras obras que son maravillosas proyecciones estéticas del alma y de la tierra de Galicia; y, abordando todos los géneros y todas las formas de la novela, escribiólas amorosas, *Insolación y Morriña*; de tesis o de tendencia científica, filosófica o sociológica, *La piedra angular*, comentada por la Escuela Jurídicoantropológica de Italia; *Doña Milagros*, en que expone el problema del matrimonio; *Memorias de un solterón*, en que estudia la cuestión feminista; la novela novelesca en *Adán y Eva* y en *Misterio*; la de ambiente exótico en *El saludo de las brujas*; la de vida provinciana, en las citadas *Doña Milagros* y *Memorias de un solterón*, y en las novelas cortas y cuentos regionales, *Historias y cuentos regionales*, *Cuentos de Marineda*, y en *Una cristiana* y *La prueba*, novelas estas últimas de aguda observación psicológica, en que se marca la evolución de la autora hacia un realismo idealista cada vez más espiritualizado; la novela impresionante y sensacional, en *La Sirena negra*, donde hay páginas de insuperable factura, y de la cual dijo a quien que «puso de moda la muerte»; la de tendencia o emoción mística, *Dulce Dueño*; la fantástica melodramática, *Belcebú*. Y, por último, resumiendo las dos tendencias dominantes en sus novelas, y superándolas a todas, produjo *La Quimera*, su obra capital, justamente celebrada por la opinión y por la crítica; pero acaso no tan altamente estimada como merece obra en que todo es excepcional y admirable, en que todo es jugo y médula de realidad, y esencial y esplendor de belleza, y en que todo está visto y reproducido con tal fuerza de verdad y de emoción, con tal magia de arte, que da la sensación de la doble y respirante realidad humana.

Porque, en verdad, no sé yo de novela contemporánea que compita con *La Quimera*, así en la prodigiosa transcripción del paisaje, donde no sólo se siente palpar, sino que se

respira el alma regional en los olores de las húmedas fragas, de los saúcos en flor, de las agriales fresillas silvestres, en el de la recién guadañada hierba, en el de la madera apolillada de los Pazos, en el del humo que envuelve a las casuchas sin chimenea en túnica de gasa gris; en el del mosto nuevo que emberrenchona, en el del rancio Borde que conforta, y, dominándolos a todos, hercúleo, brávido el del mar de Cantabria; como en los vivientes tipos y escenas de la vida madrileña, en la maravillosa contextura psicológica de los personajes, en el hondo dramatismo de las situaciones, en la avasalladora verdad de aquella acción que parece enlazarse con la propia realidad que nos rodea, y en la percepción clarísima de *la otra realidad*, la suprasensible, la de dentro de los personajes, la de más allá de ellos, la de sus horizontes de eternidad; y todo esto vertido en prosa diáfana, clara como el aire, invasora, sutil y viviente como un elemento espiritual respirable que nos penetra y no nos importuna con la ostentación de su propia sonoridad y belleza, que no pretende ser fin, sino medio, y nos transmite la sensación completa, el conjunto de sensaciones que nos dan la impresión real de una viviente creación de arte.

Y como si tal obra, corona y síntesis de su prodigiosa labor novelesca, no bastara a la gloria de su nombre, aún produjo la autora otra no menos bella y más sorprendentemente varia y opulenta en riqueza poética, en interés dramático, en multiplicidad de formas, en primor de arte, en inagotable inventiva: los cuentos, magnífica explosión estética de una mentalidad inexhausta, primaveralmente creadora.

Los cuentos son un asombroso microcosmos estético, que no tiene par en literatura alguna, por la viviente muchedumbre humana que los puebla y anima, por la maravillosa variedad de los asuntos, por el interés y amenidad de la narración, por el magistral dominio del diálogo, por la abundancia opulenta del léxico, por el hechizo no superado del estilo en que la prosa viva, respirante, henchida de sangre y de alma, corre límpida, sobria, serena, *justa de color*, acercándose cada vez más a la sabia *manera sintética* de Velázquez, sin rebuscar arcaísmos herrumbrosos, sin confundir lo craso, burdo y aplebeyado del habla con la pura flor del casticismo, huyendo los párrafos triunfantes, absteniéndose en todo *virtuosismo*, sin volcar jamás sobre la narración viviente esas intempestivas cascadas de vocablos peregrinos fúlgidos, acicalados, resonantes, que cortan la acción y destruyen el interés dramático y la ilusión de realidad.

Interés singularísimo reclama cada uno de los once volúmenes en que Emilia recogió cerca de cuatrocientos cuentos, así como los muchos que quedan por coleccionar; pero no cabe aquí ni rápida mención, no ya de cada uno de estos breves dramas y poemas en que la autora expresó tanta vida humana, tanta misteriosa esencia de espiritualidad y poesía, no pretendiendo biografizar personajes, ni fotografizar escenas, sino cifrando en un gesto una psicología, en una pincelada, una situación, o en un estado de espíritu, recogiendo en breve apólogo el alma dispersa de las gentes y los lugares; condensando una época, un medio social, el alma de un país o de un momento histórico en una escena emblemática o en una figura de concreción y reciedumbre de símbolo, así en *Sueños regios* se cifra la redención de la mujer por Cristo en la figura de Melchor, a quien «el Niño Jesús, hijo de Leila Marieml ha ordenado columpiar su incensario en todos los países donde el hombre trate a la mujer, como esclava y no como compañera»; así en *La Visión de los Reyes Magos*, en el momento de la aparición de la Magdalena, llevando en sus manos un vaso mirrino lleno de ungüento de nardo, ante la cual los tres Reyes se postran sobre el polvo del desierto, envidiando con envidia santa el don de la pecadora, más grato a Dios que el oro, el incienso y la mirra, sentimos el nacer del mundo nuevo; y ante la egregia figura de *La Zurdidora*, símbolo de raza, nos postramos los españoles de los dos mundos venerando a la creadora de la unidad hispánica nexo y alma de la España mayor.

La novela y el cuento—novela en cifra—fueron su obra capital. Pero fuera del ancro cauce novelesco, en cuántos ríos caudalosos, claros arroyales y límpidas fuentes generosas se derrama su sorprendente actividad mental! La his-

MARIO HERRERO
SUCESOR DE
G. Bourne
CORTE INGLÉS
CARRETAS, 14
SUCURSAL ALCALÁ 33 LAS CALATRAVAS

toría y la crítica literaria, así nacional como extranjera; la crónica periodística, por ella tan bien definida y realizada; las narraciones de viajes tan deleitosamente cultivadas; las incomparables páginas de arte tocadas de singular hechizo; las conferencias públicas que se contaron por éxitos; el excepcional alarde poligráfico que significa el *Nuevo teatro crítico*, revista redactada por ella sola durante tres años (1891-1893); el alto magisterio de la crítica ejercido casi a diario en las Prensas de España y de América, la enseñanza de las literaturas extranjeras en la cátedra del Ateneo (*La revolución y la novela en Rusia* y *La Literatura contemporánea en Francia*), y la de *Literatura contemporánea de las lenguas neolatinas*, en la Cátedra de la Universidad Central.

Todo ese mundo estético toda esa asombrosa actividad de la mente significa la gran escritora.

Honrémosla como a la mayor gloria literaria de la España actual y de la raza española.

Blanca de los Ríos de Lampérez.

Como nos juzgan los hombres

El triunfo de la melena sobre el moño es un éxito de las mujeres que tiene que considerarse entre los más importantes de nuestra época.

En pocos años la mujer ha avanzado distancias efectivas que antes hubieran parecido imposibles e incomprensibles. Marcha como si dijéramos a saltos en su carrera de progreso, y desde la guerra europea los avances se acentúan hasta el punto de estar expulsando a los hombres de los puestos que tradicionalmente se creían exclusivos del sexo fuerte. En fin, la misma división en fuerte y débil con que se diferenciaba a los sexos ha tenido que empujarse a suprimir, porque ya los hombres, en muchas partes del mundo civilizado, no están muy seguros de su prepotencia.

El derecho al voto; el derecho a todas las profesiones, incluyendo el oficio de gobernar; el derecho a vestir como se quiera y a proceder como se quiera; el derecho a peinarse como los muchachos. Todos los derechos les pertenecen ya. Y ahora precisamente, cuando la victoria es más completa, ahora saita el verdadero peligro.

El feminismo surgió con la violencia de un «impulso» que englobaba diversas aspiraciones de orden reivindicativo y sentimental. Lo temible en todos los movimientos de esta especie radica en que el «impulso» de la categoría accesoria y colaboradora que debiera asumir, se convierte en una mera y absoluta finalidad. No es el medio o el motor para llegar a un fin, sino que pasa a transformarse en el propio fin. El movimiento para la extirpación de la esclavitud de los negros, por ejemplo, era un «impulso» que carecía de elasticidad y de todo peligro; conseguida la extirpación, el «impulso» antiesclavista pasó sencillamente al orden de los episodios históricos.

Sucedé al revés con los «impulsos» dotados de una gran elasticidad. Como no se dirigen hacia algo concreto, sus triunfos se resueven en nuevas aspiraciones, en nuevos anhelos elásticos, hasta que por su misma distensión, por su constante exceso de distensiones, terminan por alojarse y quejar como inútiles. La brillante expansión y la pronta decadencia del fenómeno mulsumán podríamos explicárselas diciendo que, consistiendo el «impulso» que dió vida a la grandeza islámica en la conquista, su misión y conversión de todos los pueblos infieles, una vez que las conquistas cesaron, cesó también la virtud poderosa del «impulso».

Algo semejante le ha ocurrido a la democracia. Pasó rápidamente a convertirse en un «impulso» dotado de prodigiosa elasticidad. Un «impulso» que escogía cada mañana una nueva orientación, y que a cada victoria, en lugar de calmarse, su dinamismo se excitaba todavía más. El «impulso», de este modo, como un vicio o como un monstruo, pedía con prisa nuevas experiencias, constantes actividades, hasta que el abuso de las excitaciones tenía necesariamente que traer la debilidad en la reacción, la fatiga o la pereza en los movimientos.

¿Hay algo más explicativo de cuanto veni-

mos diciendo que las bellas cabezas de las mujeres? He ahí un «impulso» que en un principio se dirigía a algo concreto: a la liberación del despotismo del moño. ¿Puede o no puede cortarse la mujer sus trenzas? Esa era la cuestión. De ahí nació el «impulso». Pero éste presentó en seguida su peligro, y bien pronto exigió represalias. En efecto, una vez lanzadas a la suerte del «impulso», las mujeres se han visto esclavas de él. ¿Cortarse el moño? Ya está universalmente cortado. Pero no basta, porque el «impulso» se ha adueñado de ellas. ¿A la garzona? Sí, también. ¿Y luego? Luego se cortarán el pelo como los estudiantes del bachillerato. ¿Y después? Ahí está el problema, porque es preciso seguir haciendo algo. ¿Raparse con la máquina como los quintos? Bien, supongamos que sí. ¿Pero después? ¿Que se puede hacer después...? Entonces ya no queda más remedio que invertir la trayectoria desbocada de «impulso» y volver humildemente al uso de la peluca con bucles del tipo dieciochesco.

Lo que decimos de las cabelleras femeninas podemos referirlo al movimiento feminista. En los países donde el feminismo tiene mayor actividad, muchas personas se preguntan con un tanto de terror si no ha llegado la hora de tomar bien en serio aquello que al principio se tomaba un poco a risa. Descartemos la protesta demasiado interesada de los hombres que ven cómo las mujeres se apoderan de los empleos, de los oficios, de las profesiones que eran hasta hoy exclusivamente varoniles. Hay otro miedo. Es el avance de ideas que atacan directamente al orden familiar y social que parece inamovible entre civilizados. Esas ideas han empezado a ponerse en práctica. Y lo que destaca de tales ideas y procedimientos es lo siguiente: que allí donde el «impulso» feminista llega a la mayor actividad, se ha observado que la mujer no es que se considere igual al hombre, sino que desprecia al hombre.

Entonces la imaginación no tiene más remedio que representarse un estado de cosas semejante al que nos transmiten las leyendas y los mitos antiguos. O sea una posible reproducción de la hostilidad entre amazonas y pobres diablos de hombres. O acaso también una forma de humanidad en la que las mujeres asuman la dirección completa de la vida, como en las colmenas, sin que el hombre tenga otra intervención que la de los zánganos entre las abejas. A este respecto dice muchas cosas interesantes Anthony M. Ludovici en su libro *Lysistrata*. Del cual quiero reproducir las siguientes líneas reveladoras:

«Hemos de recordar siempre que el hombre que solamente posee bravura militar y destreza deportiva es responsable tanto de nuestro actual embrutecimiento como del feminismo. Esta limitación de la idea de virilidad a la destreza deportiva y a la bravura militar es aceptable para las mujeres, porque rinde un tipo de hombre fácil de conducir y más fácil aún de extraviar, pero que es fatal para la civilización. Aprenderemos a esperar del hombre viril, no sólo el valor y la destreza, sino la voluntad energética, el gusto del caudillaje, el dominio de los misterios de la vida, inteligencia bastante para eclipsar cualquier cerebro femenino que le salga al paso (rasgo notoriamente ausente del soldado medio y del *spartan*, o por lo menos, si no ausente, tampoco fundamental) y claridad y decisión frente a todo problema que le conlerna entender: en suma, un hombre cuya sola presencia haga de la pretendida igualdad sexual un absurdo transparente y manifiesto. Mientras esta especie de hombre no se generalice en nuestro medio, tiene que verse el mundo desesperadamente extraviado, y ha de ser en adelante nuestro principal objetivo el descubrir cómo puede ser restaurado entre nosotros, y cómo es que en los últimos cien años hemos dejado de producirlo en Inglaterra.»

El autor inglés se deja arrastrar acaso por la vehemencia. Tal vez exagera un poco al dibujar un cuadro del porvenir, y a veces se muestra en extremo rufesca, como cuando decide que las mujeres deben volver a sus ocupaciones de antes: amamantar los hijos y hacer mermeladas.

En España no estamos en trance igual, lo que no quiere decir que no lo estemos mañana, dada la rapidez con que hoy se transmiten por el mundo los estados de ánimo colectivos. Lo difícil es presentar ante los fenómenos una actitud tan recta, violenta y cerrada como la del referido autor inglés. ¿Se puede apañar un «impulso» que trae verdadera fuerza con la

facilidad con que desinflamos uno de esos globos de goma de los niños? Los «impulsos» de la Humanidad son como la trayectoria en curva que trazan las bombas de sitio; necesitan ascender, culminar, desarrollarse en todo su originario ímpetu hasta que caen en tierra.

Hoy los cañones emiten un tiro rapidísimo, y el proceso de las bombas es muy breve. En la Humanidad actual el proceso de esos «impulsos» es también rapidísimo. No tardará mucho en resolverse el problema sexual entre los civilizados. Probablemente en un par de gene-

raciones el hombre saldrá de su perplejidad la mujer volverá a dar el pecho a sus hijos y a fabricar mermeladas, y después de sentir la satisfacción de haberse rapado la cabeza con la máquina al cero, recurrirá nuevamente a la peluca de bucles. Confíemos en que suceda así. Pero si no sucediera así...

La humanidad marcha hacia fines que nadie conoce, haciendo extranas, dramáticas o pintorescas piruetas por camino.

Jose M. Salaverria

Sección del Hogar

La mujer y la cocina

CONOCIMIENTOS UTILES

El envase de los vinos

Al llenar de vino una botella, conviene dejar entre el líquido y el recipiente un espacio de cinco centímetros, a fin de que al entaponarla, quede un vacío de 20 a 22 milímetros entre el vino y el tapón.

Una vez llenas las botellas, es indispensable para asegurar su conservación, mantenerlas en posición horizontal, lo que facilita de que los tapones estén siempre humedecidos, para evitar las vejetaciones criptogámicas. Cuando éstas se manifiestan, el medio más sencillo para que desaparezcan, consiste en introducir por el cuello de la botella un tapón de algodón, fijo en la extremidad de una varilla, pasándolo con precaución a lo largo de las paredes del cuello y por la superficie del vino.

Para que mejore las condiciones de un vino debe permanecer embotellado por espacio de un año, y como quiera que durante este tiempo se ensucian y empolvan las paredes de la botella, de aquí que antes de presentarla, en una mesa, haya que limpiarla con cuidado para alterar la limpidez del color y la pureza del vino que contiene.

Esta delicada operación se realiza de dos a seis horas antes de consumir el vino, y una vez realizada, se trasladan las botellas al comedor para que adquieran la temperatura de 12 a 18 grados; pero los vinos blancos y el champaña exigen beberse fríos; es decir, a una temperatura de 2 a 4 grados solamente.

MENU DE LA SEMANA

Sopa tostada.—*Vaca guisada.*—*Tenca a la jardinera.*—*Zanahorias con tomate.*—*Postre.*

Sopa tostada.—Se toman cortezas de pan cocido o rebanaditas de pan tostado, se echan en el caldo de una cazuela y se pone a fuego muy lento. Cuando se haya consumido el caldo y pegado el pan al fondo de la cazuela, se incorpora el caldo que sea necesario.

Se pone en la sopera y se sirve algo caldosa.

Vaca guisada.—Se toma la cantidad que se desee de carne magra de una pierna de vaca, se cuece por la mañana en la olla del cocido; cuando esté bien cocida se pone a enfriar y se corta en

pedacitos del tamaño de una nuez. Se frie tocino en pedazos y con la grasa que suelte se frie la carne ya picada, colocánola después en la olla en que se vaya a guisar. En la grasa que haya quedado de freír la carne, se frie un poco de cebolla muy picada y se vierte sobre la carne, añadiendo luego, unos ajos machacados, un poco de perejil y un vaso de vino blanco y al que le guste puede o no añadir especias: se cuece a fuego lento, cubierto de un papel de estraza y bien tapado: antes de servirse debe sazonzarse de sal.

Para este guisado conviene más la vaca buena a la ternera.

Tenca a la jardinera.—Se cogen vivas y se lavan mucho para quitarles el olor a cieno, lo que se consigue echándolas, agua hirviendo; se escaman sin desollarlas, se destripan y ponen en aceite con perejil y cebolleta muy picados, un poco de tomillo, laurel y sal. Se envuelven luego en un papel untado de manteca y se asan en parrillas. Una vez asadas se les quita el papel, el laurel y el tomillo y se sirven sobre un puré o una salsa blanca.

Zanahorias con tomate.—Se cuecen las zanahorias y se cortan en rodajas, rehogándose después en manteca con perejil y cebolla picada, añadiéndoles la sal y al que le guste un poco de pimienta; se le añade después una salsa de tomate y se sirve.

POSTRE DE COCINA

Crema frita.—Se hace una papilla espesa, bien de frita, a la que antes de cocerse se quitan las pepitas, o de harina desleída en leche, a la que se agrega la cantidad de azúcar que se desee y se le aromatiza con flor de naranja. A medio enfriar se le añade yemas de huevo batidas, en proporción a la cantidad de pasta que haya; se coloca en un plato y se deja enfriar mucho tiempo. Se corta, después de fría la papilla, en pedazos, se empapa en huevo batido, se mezcla con azúcar y ralladura de corteza de limón y se reboza un par de veces y se frie.

LA MUJER EN LOS MUNICIPIOS

por

CELSIA REGIS

75 céntimos ejemplar

(Se envía a provincias a los que manden 40 céntimos más para gastos de certificado.)

Cuentos de LA VOZ DE LA MUJER

PROPIOS Y AJENOS

EL HERMANITO

(Continuación)

Ventura conservaba el cigarro entre los dedos, sin chuparlo ni encenderlo. Anochece, y no lo notó. Por su gusto aquella tarde se hubiera prolongado hasta haber conseguido cerciorarse como tenía la cara aquella mujer vestida de rosa, y de silueta elegante y sugestiva.

¿Durmio aquella noche? ¿Soñó? Soñó: con cielos engironados de nubes rosa, en los que flotaban graciles mujeres envueltas en gasas rosadas; sus rostros eran de líneas borrosas.

Soñó en fin, con campos en los que sólo habla rosas ¡muchas rosas!

Despertó con la aurora, maquinalmente se vistió y se sentó al piano y sin esfuerzo alguno, embargada aún la mente por la visión del sueño, la inspiración fluyó a él. Los dedos del artista recorrieron primero el teclado, suaves, acentuadamente piano, como balbuceos tímidos y esfumados, despuntes de amanecer... A continuación, fueron las notas claras y valientes; más cuando la voz del tenor había de sonar como una queja, como algo íntimo que pugna por subir del corazón y exhalar espontáneo en los labios, y vencida ésta, habría de vibrar la voz del cantor en toda su extensión y volumen, entonces el torrente de notas que Ventura arrancaba al piano, tenían acentos de pasión desbordante; hacían el efecto de una salida de sol contemplada junto al mar. Si; aquellas notas como el amor, subían como emergidas de algo tan grande e ignoto como es el mar, y después, cuando la voz de tiple y tenor se fundían en una sola, cuando vibrantes de pasión habrían de entonar un cántico proclamando que el amor da la vida y la alegría; entonces la música de Ventura transportaba y daba la exacta visión de un cielo azul, en cuyo centro irradiase un sol de oro de rayos cálidos y fecundadores...

Respiró el artista; su frente tersa y pálida brilló serena con aureola de genio. Estaba seguro que triunfaría. Antes, de ponerse nuevamente a trabajar se asomó al balcón que estaba abierto. Iba a encender un cigarrillo, pero tanto éste como la cerilla cayeron de sus manos: en frente, en el piso principal del hotel, entre los encajes de mármol de un balcón saledizo, divisó a la rosa de la tarde anterior. Solamente que entonces mostraba su cara de virgen cándida, de cutis rosado. Vestía una ligerísima bata de muselina blanca, que trasparentaba sus brazos y busto. Un rayo de sol la besaba suavemente el pelo rubio, la cara de rasgos delicados, toda ella...

Ventura se quedó deslumbrado: «Parece una virgen de nácar... y embelesado la siguió mirando: ella también miraba.

Desde aquella mañana siguió viendo a la virgen de nácar, como él la designaba. La primera vez que la vió en el

balcón no se le ocurrió preguntarse si ella le habría estado oyendo estudiar, pero luego no le cupó duda: estaba seguro: tan seguro estaba que era escuchado por ella como de que por ella brotó en su pecho el amor.

En cuanto a la vecinita, le sonreía, inclinaba la cabecita, el rubor encendía su cutis... ¡pero no se retiraba del balcón, o del sitio que veía y era vista!

Ventura no olvidaba su origen. Ventura supo que la virgen de nácar, se llamaba Elena, que había permanecido nueve años en un colegio parisién, que era muy rica y que sus padres eran orgullosos y amantes de la vida lujosa y fastuosa.

En cambio él... ¡él era un exgofo, un pobre artista con muchas ansias de gloria, un bohemio con buena ropa, buena casa y buena mesa!

Nada más.

Probó a olvidar aquel amor; por conseguirlo; cesó de asomarse al balcón, y de estudiar, por espacio de dos semanas, hizo vida de calle y de círculo con Jaime. Mas he aquí que al cabo de este tiempo recibe un billete, una especie de anónimo ingenuo como la inocencia misma.

No precisaba ver firma estampada en el satinado papel para adivinar la procedencia, su contenido loregonaba:

«Sé que no está enfermo, ¿por qué no hace música, pues? ¡Si pudiese imaginar lo que me encantan sus composiciones! ¿Acaso le molesta ser escuchado? Me resisto a creerlo. Yo me privo de ir de paseo por escuchar las divinas notas que arranca al piano.»

Los empeños de Ventura no se dirigieron ya a matar su amor: Elena era el astro que le impulsó a trabajar con brioso ahínco, a pulir, perfilar y quintesenciar su obra, para que su gloria fuese mayor y ofrecerse toda entera a la virgen que desde lejos lo alentaba con miradas y sonrisas.

Pero en tanto llegase la hora de su consagración se juró Ventura no traslimitarse y resolvió que sus amores con Elena fuesen solamente platónicos, aunque la vecinita no parecía muy conforme.

Cierta melancolía y actitudes meditabundas tras mirar al músico, al cielo, y hondo suspirar, ponían de manifiesto que tres meses de platonismo la parecían suficiente preliminar para entrar en el campo de una declaración en regla.

Sin embargo, Ventura, no precipitó los acontecimientos. Así estaban las cosas cuando regresó el marqués de su viaje. Este oyó encantado la música que compuso su hermano del zima. Entusiasmado deseó llegase la hora del estreno tan vehementemente como Ventura.

Comenzaron los ensayos generales, por cuya razón el artista se veía agobiado de trabajo; el tiempo le venía escaso, se le pasaban bastantes días sin ver a Elena; ella estaba enojada: Ventura lo sabía, pero ya llegaría la hora de las rectificaciones. Paciencia, entre tanto.

—Ventura! —dijo a este el marqués— ¿sabes que hemos sido invitados por los vecinos para asistir a un baile en que hará su presentación oficial su hija Elena?

—Nada sabía.

—Pues, ya lo sabes, y además prepárate para asistir.

—¿Yo?

—¡Naturalmente que tú!... Qué, ¿acaso se trata de que vayas por vez primera a un baile de sociedad?

—No es eso...

—Muchas de las señoritas que irán han bailado contigo y conmigo infinitas veces; así, que podremos flirtear.

—No tengo inconveniente en ir a un salón en el que no conociera a nadie; lo que ocurre es que... es que...

—¿Acabarás? —saltó Jaime burlesca y vivamente.

—Es que el tenor me tiene preocupado y disgustado. Yo no sé, si, es que se reserva, o, es que no se ha comprometido bien del sentido de su papel.

—¡Ah!... ¡Yal! ¿En el dúo?

—Sí.

—Pero ésta no es razón.

Te explicaré: hemos convenido el tenor y yo, ensayar en mi estudio hasta vencer la dificultad que me trae preocupado. En tanto no escuche yo esa parte, tal y como la soñó mi fantasía, no me seduce la perspectiva de asistir a bailes ni a saraos. Además, que después de tantas horas de ensayo necesito reposo y aislamiento.

—Bien: convencido. —repuso Jaime— no insisto más.

Para Ventura constituía un sacrificio no acompañar a su amigo, pero como sabía muy bien que de ir a casa de Elena pasaría un mal rato; porque si la hablaba, forzosamente recaería la conversación sobre aquello que él consideraba no era tiempo aún. Y en cuanto a atenderse a contemplarla de lejos, flirteando con otros, eso... significaría algo violento y angustioso que no se encontraba dispuesto a presenciar.

Al día siguiente de haberse celebrado el baile, el marqués y Ventura se encontraron en la *serre* del hotel, que era como una galería museo, por el infinito número de mármoles de mérito, y plantas exóticas con que estaba adornada.

Ambos jóvenes se cogieron del brazo con expresión de contento en las caras.

¡Qué hermoso grupo formaban! De aventajada estatura, complexión robusta los dos, rubio el uno, de ademanes desenvueltos y elegantes, mirada franca y noble; moreno el otro, de frente alta y ademanes más reposados, con tanto de atrayente en su conversación, y distinción en la apostura que era difícil conocer en él al golfillo desarrapado de diez y nueve años atrás.

Tomaron asiento en unos silloncitos de bambú profiriendo en tono jovial a un tiempo la misma exclamación:

—¡En busca tuya iba!

—¿A referirme sin duda lo mucho que te divertiste anoche? —interrogó Ventura.

—Sí —replicó el marqués.— Y a participarte, que desde anoche, es conmigo una sensación nueva que desconocía; que me ha impedido conciliar el sueño; que me hace amar más intensamente la vida y encontrar más bello todo lo que me rodea.

—¡Vaya! —interrumpió Ventura— ¿que estás enamorado?

(Continuará en el próximo número)

Mi Situación

LIRAS

Estaba yo sentada
Del Manzanares a la fresca orilla
Mirando enajenada
Una blanca y graciosa tortolilla
Que al lado de su amado y fiel esposo
Formaba dulce arrullo cariñoso.

Si de ella se apartaba
El tortolillo fiel, triste gemía;
Pero al punto tornaba
Y a su tierno gemido respondía;
Sobre un árbol frondoso se posaban
Y con los bellos picos se alagaban.

Después que largo rato
Miré yo enternecida sus amores,
De mi destino ingrato
Maldije la injusticia y los rigores,
Y el recuerdo infeliz de mi tormento.
Ocupó mi agitado pensamiento.

Mis ojos desmayados
De lágrimas amargas se cubrieron,
Y hacia el cielo tornados
Quejas de su rigor triste le dieron,
Pues como el humo que arrebató el viento

La esperanza voló de mi contento.
La risueña esperanza
Que llenara mi vida de dulzura
Y en tranquila bonanza
Me llevaba hacia el puerto con presura.
Más ¡ay! que el desengaño doloroso
Me robó la esperanza y el reposo.

Y por siempre privado
Mi corazón de paz y de ternura,
Por decreto del hado
Fallece condenado a noche obscura,
Y solo al fin la calma y el reposo
Hallará en el sepulcro tenebroso.

Vicenta Maturana.

Album Femenino

A UNA FLOR

Eres, flor, desengaño e ilusión;
en pecho de una hermosa, eres amor;
en altar, acendrada devoción;
sobre tumba, recuerdo de dolor,
y olvido, ya marchita en un rincón.

Lucía Calle de Casado

ESPAÑA

Soy la patria feliz donde han nacido
el gran Cervantes y el divino Herrera;
de Murillo, Velázquez y Ribera
Zurbarán y Morales cuna ha sido.

Héroes sin fin mi suelo ha producido,
que, agrupados en torno a mi bandera,
la siguieron amantes por doquiera
con gloria el vencedor y honra el vencido.

Por mí Colón, el de sin par memoria,
descubre un nuevo mundo, un continente,
al cual llevó la Cruz con la victoria.

Y si alguno negar quiere mi gloria
nada me importa, pues será impotente:
¡Mi fama es inmortal! ¡Abrió la Historia!

Gertrudis Segovia